

El Rif en el marco de las relaciones hispano-marroquíes

Ángel Pérez González*

NADIE duda hoy en día de la importancia que una relación sana entre España y Marruecos tiene para la economía de ambos Estados y, dentro de un marco global, para el éxito de la política de estabilidad y desarrollo puesta en marcha por la Unión Europea en la cuenca mediterránea.

No es menos cierto, sin embargo, que por razones históricas y geográficas existen regiones de Marruecos que han tenido una relación más intensa con España que otras. Una de ellas es el Rif. Área geográfica caracterizada siempre por su singularidad, desconocida prácticamente hasta principios de siglo, y que guarda en su memoria la declaración, en 1920, de una efímera República presidida por Abd el Krim Al Hatabi. La relevancia de esta región

* Licenciado en Derecho. Zaragoza.

en la historia contemporánea española ha multiplicado los comentarios superficiales, con frecuencia pasionales, sin dejar lugar a un análisis más riguroso —los estudios de Caro Baroja y Blanco Izaga son excepcionales— de su realidad sociocultural y su potencia económica.

Tradicionalmente al nombrar el Rif se quiere hacer referencia al nombre de Marruecos y, particularmente, a lo que fue hasta 1956 el Protectorado español. En realidad ese amplio marco geográfico, bañado por el Mediterráneo y el Atlántico, estuvo históricamente subdividido en cuatro subregiones: Yebala, Gomara, el Rif Central, y el Rif Oriental. Aunque todas ellas forman una unidad geográfica, la primera, por su mayor arabización y desarrollo, conforma un espacio singular. Gomara es una zona de transición, y el Rif Central y Oriental (provincias de Alhucemas y Nador) constituyen el Rif tradicional y el objeto esencial de nuestra atención.

La colonización

CONVIENE tener en cuenta que el análisis de cualquier Estado o región del Magreb debe comenzar, necesariamente, por los efectos de la colonización. En el caso que nos ocupa, ésta comenzó en 1909 y finalizó en 1956. El control militar del Rif no fue definitivo hasta 1927. A partir de esa fecha la Administración española impuso unos cambios, desde la creación de nuevas poblaciones a la introducción de conceptos nuevos, como el de propiedad privada, o el asentamiento de colonos europeos, que modificaron la trayectoria histórica de la región. Aunque la actitud española, dada la propia esencia del Protectorado, fue bien distinta a la seguida por Francia en Argelia, e incluso en Marruecos, y en ningún momento se pretendió poner en marcha políticas de aculturación, es cierto que los cambios fundamentales en la economía y en la sociedad se habían producido cuando en 1956, por primera vez de forma efectiva después de siglos, el Rif se integró en un Marruecos unificado e independiente.

Desde el punto de vista político y a partir de 1956 tres fenómenos han marcado el desarrollo de la región. La provincialización, la disolución de las Kábilas o estructuras tribales tradicionales, y la centralización del poder en Rabat, con la consiguiente sustitución de los dialectos bereberes y del español por el árabe y el francés como lenguas administrativas, académicas, e incluso, en zonas urbanas, de uso corriente. Estos tres fenómenos nos permiten introducir, por tanto, los factores socioculturales más patentes en este área geográfica.

Cultura, economía y administración

CULTURAMENTE, el elemento más destacable es la fuerte pervivencia de lo bereber, sociológica y lingüísticamente. No se trata de una diferencia étnica con el resto de la población de Marruecos. La diferencia estriba en la limitada arabización de la región donde el sentimiento de singularidad ha tenido siempre un cierto arraigo. Éste, que tuvo su última manifestación violenta en las revueltas de 1958, se pone hoy de relieve en forma de emisiones de radio, asociaciones culturales, y restringidos grupos de opinión, en el marco de un fenómeno reivindicativo que tiene su centro en la Kabília argelina. Esta corriente de acción se ha manifestado también, favorecida por un régimen político democrático, en la ciudad española de Melilla, cuya población bereber, un 20 por 100 del total, ha dado traducción política a estos principios, y donde existen incluso emisiones de televisión en lengua chelja.

La economía de la región ha dependido tradicionalmente del pastoreo y de una limitadísima agricultura. La presencia española desde principios de siglo hasta 1956 produjo algunos cambios relevantes. La construcción de núcleos urbanos (Nador, Alhucemas,...), la explotación de las minas de hierro en la comarca de Uixan, y la introducción del regadío en algunos municipios son los más importantes. Estos cambios tuvieron continuidad a partir de la independencia, en 1956. Después de la revuelta de 1958, motivada entre otras razones por la escasa adaptación de la Administración marroquí a las peculiaridades del Rif, el Gobierno de Rabat ha realizado esfuerzos considerables. La construcción de un puerto en Beni Enzar (Nador), un polígono industrial en Nador, y la promoción de complejos turísticos (Alhucemas) son algunos ejemplos, motivados tanto por el deseo de desarrollo como por el objetivo diplomático de sustituir a Melilla como centro económico de la región. Los resultados de esta política han sido limitados y no han podido evitar ni la emigración ni el desarrollo indisimulado del fenómeno más patente, desde un punto de vista económico e incluso social, del Rif: el cultivo de cannabis y su exportación ilegal hacia Europa. El centro geográfico de la producción se encuentra en la región de Ketama, y la expansión de su cultivo, prohibido oficialmente aunque tolerado de hecho, ha erradicado prácticamente cualquier otra forma de agricultura, e incluso ha creado problemas de deforestación en algunas comarcas. Este hecho no puede aislarse del protagonismo general adquirido por Marruecos como lugar de paso y producción de droga, hasta el punto de ser considerado por la Administra-

ción francesa como el mayor proveedor de heroína y hachís de aquel Estado.

En íntima relación con los aspectos analizados, diferencias culturales y economía en lento desarrollo, se encuentran las decisiones político-administrativas tomadas por el Gobierno marroquí. La primera, la centralización política, que inevitablemente pasaba por poner fin a las estructuras sociales tradicionales, las kábilas, y a la utilización a efectos administrativos de la lengua española. La homogeneización que ha supuesto este proceso ha ido acompañada de una fuerte urbanización, aspecto coadyuvante al fin último de eliminar los factores de inestabilidad en la región. Una política arabizante y francófona, a grandes rasgos, que busca en última instancia la mayor unidad y cohesión posible del Estado. La gran perdedora aquí como en el Sáhara Occidental ha sido la lengua española, cuya presencia ha sido reducida al mínimo.

No es éste un fenómeno particular del Norte de Marruecos. Al contrario, de una forma u otra, la centralización se ha producido en todos los Estados del Magreb. Si tiene aquí una especial relevancia es debido a la tradición levantisca de estas provincias. Lo cierto es que la sustitución de las relaciones tradicionales de poder, que tenían a la tribu como centro y que históricamente no reconocían al sultán más que una superioridad religiosa y moral, ha sido un objetivo elemental de la monarquía marroquí. Por tanto, al hablar de cohesión estatal hacemos referencia básicamente a la consolidación del poder personal del rey que, de hecho, constituye el centro de la estructura política y del proceso de toma de decisiones en Marruecos.

Existe, por último, una realidad nueva y de difícil evaluación. La presencia creciente desde hace varios años de grupos islamistas pacíficos hasta ahora, y en íntima relación con su crecimiento en todo el país. La región a la que hacemos referencia, sin embargo, ha sido más permeable que otras a estas ideas. La cercanía de Argelia, en cuya frontera tiene lugar un intenso contrabando, la presencia de emigrados y refugiados argelinos, el escaso desarrollo de la región por comparación a otras partes de Marruecos, y, finalmente, la cercanía de Uxda, han facilitado su expansión. Esta ciudad, cercana a la frontera de Argelia, se ha convertido en uno de los centros de la actividad islamista en Marruecos, y su Universidad en catalizadora de la misma. Esta realidad no ha pasado desapercibida al Gobierno alauita, reforzando tanto la imagen de riesgo tradicional del área geográfica rifeña como la imagen de inseguridad hacia el exterior, que bien podría retrasar su vacilante proceso de desarrollo económico.

Relaciones con España

LAS relaciones con España, intensas y violentas en otros momentos, son hoy escasas. Desde una perspectiva económica, son pocas las empresas que han elegido esa zona para realizar sus inversiones. Su escaso desarrollo y alejamiento de los núcleos industriales y comerciales de Marruecos no la hacen atractiva. Tampoco el turismo ha sido un sector con mayor suerte, a pesar del indudable potencial de la línea de costa que media entre la frontera con Argelia y el Rif central. Desde un punto de vista cultural, la cercanía de España, la existencia de varios centros escolares españoles, y la vecindad de Melilla, hacen que esta relación tenga cierta relevancia, aunque exclusivamente en lugares aislados. En la mayor parte de la región la presencia de España es anecdótica o inexistente. Fuera el español de los planes de enseñanza escolar, bien se puede decir que esta lengua es hoy residual, propia de generaciones ya envejecidas. Éste es el síntoma más relevante de las dificultades que hoy pueblan las relaciones hispano-marroquíes, afectadas siempre por sus tres problemas estructurales básicos, el pesquero, el Sáhara Occidental y la soberanía de Ceuta y Melilla. Lejos de enfrentarse a ellos con cierta imaginación, la política española se ha limitado a responder sin entusiasmo a los vaivenes de la actitud marroquí, con frecuencia con escasos resultados.

Las relaciones culturales, así lo han reconocido ambos gobiernos, constituyen un elemento que debe ser potenciado. Sin embargo, sigue sin encontrarse una fórmula que haga efectiva esa cooperación. España mantiene hoy varios colegios en Marruecos (Casablanca, Tánger, Tetuán, Nador y Alhucemas) con buenas instalaciones en general. Dos de ellos, Nador y Alhucemas, se encuentran en el marco geográfico que estamos analizando, pero adolecen de los mismos problemas que el resto. El plan de estudios descuida excesivamente el árabe y el francés, y tampoco han establecido una conexión adecuada con el sistema universitario marroquí. En otras palabras, y al no contar con un sistema de becas más amplio para continuar estudios en España, son centros poco atractivos. Por otra parte, no existen en las provincias de Nador y Alhucemas otras instituciones culturales españolas. Así, el castellano, bien conocido por muchos mayores de 50 años, apenas es hablado entre las generaciones más jóvenes, exceptuando las pequeñas localidades cercanas a Melilla. Se abandona así una situación ventajosa excelente en origen. Tampoco en Melilla se ha realizado esfuerzo alguno en esta dirección. Ningún órgano oficial de la ciudad, autonómico o estatal, cuenta con cursos de español para extranjeros.

Precisamente el único elemento dinámico de esta relación, aunque no exento de fricciones, es la comunicación existente entre la región y, de forma proporcional a su distancia geográfica, Melilla. Esta ciudad española, hoy Comunidad Autónoma, a pesar de las dificultades económicas y de sufrir las consecuencias de las diferencias insalvables sobre su *status* que existen y continuarán existiendo entre España y Marruecos, es centro de una actividad comercial creciente desde 1990, nudo de comunicaciones marítimas y aéreas con la Península, y lugar de origen de una actividad turística de la que se ha beneficiado especialmente Nador. A pesar del desarrollo de actividades ilícitas como el contrabando, lo cierto es que la mayor parte de las empresas españolas que invierten en la zona y aprovechan la privilegiada relación entre Marruecos y la Unión Europea son de Melilla.

Todos los elementos analizados, por tanto, ponen de manifiesto la necesidad de intensificar la comunicación con una región que, al fin y al cabo, es la más cercana de Marruecos a la Península Ibérica. Es necesario consolidar las relaciones culturales. El escaso interés que ha despertado en Madrid este problema es todavía más inexplicable si tenemos en cuenta la importancia que aparentemente se suele conceder a la relación con Marruecos. Hace falta una reforma de los centros escolares españoles, intensificar la enseñanza del castellano, una política eficiente de becas, y consolidar el papel que a este respecto representa Melilla, muy desaprovechado. Es indudable, además, que una buena relación económica con esta ciudad ayudaría a suavizar las tensiones que periódicamente provocan las reclamaciones de Marruecos. La Administración española ha defendido reiteradamente este planteamiento, pero poco o nada se ha hecho al respecto. En este sentido convendría crear un espacio permanente, hoy inexistente, para esta región en el marco global de las relaciones hispano-marroquíes, insistiendo en la necesidad de su desarrollo y en la transmisión hacia aquélla de parte del esfuerzo de colaboración español.

Finalmente no debemos olvidar que sólo un desarrollo económico razonable permitirá acabar con el problema latente de la inmigración ilegal, y el que representa la droga, fenómeno este último que requerirá una adecuada política de inversiones, incentivos y sustitución de cultivos.

Todos estos objetivos son compatibles, cuando no consustanciales, con la política de la Unión Europea en el Mediterráneo. Carecería de sentido que España, firmemente comprometida con ella, no las tradujera en la medida de lo posible en principios rectores de la política exterior propia.

La Cumbre Hispano-Marroquí de febrero de 1996 intentó, aparentemente, abrir el camino en esa dirección, cuando al plantearse la negociación

de la deuda que Marruecos mantiene con España, 242.300 millones de pesetas, el entonces presidente del Gobierno, don Felipe González, afirmó que se tendría en cuenta el desarrollo del Norte. Posibilidad que la nueva Administración española, dirigida por don José María Aznar, parece haber tanteado con lógicas reticencias. Existe en este campo, como en otros muchos, el antecedente de Francia, que en enero de 1996 decidió renunciar a cobrar parte de su deuda a cambio de dedicar un mayor esfuerzo a la promoción de cultivos alternativos al cannabis en el Rif. En cualquier caso, tanto la dificultad, ya tradicional, para hacer efectivos los acuerdos hispano-marroquíes, como el escaso detalle con el que se definió este objetivo, obligan a ser extremadamente cautos. Lo fundamental, en todo caso, es elaborar un marco general para unas relaciones que se han pretendido seccionar en compartimentos estancos, cuando éstos forman de hecho un todo. Quizás la celebración este año del V Centenario de la incorporación de Melilla a la Corona Española permita recordar que seguimos ligados, desde hace nada menos que 500 años, con una región, el Rif, que hace sólo cincuenta años constituía todavía una dependencia colonial española.